

En la actualidad, fuera de la tradición del *Blanco*, que nos ocupa, no quedan más que las comunes devociones del día de Los Santos, pero hace tiempo —unos cien años aproximadamente— durante el mes de noviembre —mes de difuntos por excelencia— se organizaban en muchas casas los *Bailes de Ánimas*, también por promesa y ofreciendo el beneficio para misas.

Este tipo de veladas —que todavía tienen vigencia en algunas zonas de Cuenca— participaban un poco de la filosofía cristiana en la intención y otro tanto en el atrevimiento y la osadía de ciertos juegos.

Acudía mucha gente y mientras duraba la “fiesta” cualquiera de los asistentes iba ofreciendo dinero del siguiente modo:

—“Doy tal cantidad para que menganito saque a bailar a fulanita”

se procuraba siempre elegir parejas que acomodaban poco, entre dos que se aborrecían, o que movieran a risa por cualquier motivo. Si la chica no quería bailar sólo podía evitarlo ofreciendo una cantidad superior a la anteriormente pujada:

—“Pues yo doy tanto más por no bailar”.

Si no tenía ese dinero no le quedaba más remedio que salir a bailar entre el regocijo de todos.

Aparte de solicitar que bailasen ciertas parejas se podían antojar otro tipo de pruebas igualmente risibles: “Que baile Juan con el candil colgado de las orejas...”, etc. Y así la gente se entretenía toda la noche pasándolo bien con una excusa inmejorable, estar haciendo algo bueno y útil para los muertos.

## CONCLUSIÓN

El contenido religioso de la ceremonia, así como el hecho de que supone un sacrificio —se es *El Blanco* por promesa— y el que no agrede a nadie ni se burla de institución o persona alguna, sean quizás las claves para que el rito haya llegado tradicionalmente hasta nosotros con tanto arraigo.

La gente repite las formas año a año, sin cuestionarse más; con el respeto y la solemnidad de estar cumpliendo una ceremonia antigua y con la satisfacción de quien se libera de un compromiso adquirido.

La expectación que despierta entre los vecinos tiene siempre que ver con la curiosidad y la intriga de averiguar quién es, de conocerlo en la forma de andar o en algún gesto. Ahora se ve acrecentada ante el interés que le prestan los medios de comunicación o las gentes de otros puntos.

Quedan lejos las anécdotas que contaban los viejos de cuando *El Blanco* recogía comida y la repartía entre los más pobres, y más en la oscuridad los datos sobre el origen y las peculiaridades del principio.

Con este estudio no pretendíamos descubrir grandes cosas. Apenas hemos dicho más que lo que todo el mundo sabe, apenas se podían decir más cosas sin